

EL TRANSFONDO JUDÍO DEL
BINITARISMO DE PABLO DE TARSO
THE JEWISH BACKGROUND
OF THE BINITARISM OF PAUL OF TARSUS

ANTONIO PIÑERO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

RESUMEN

Pablo no saca de su “inagotable y alucinante fantasía” la concepción de un mesías preexistente, o bien la de un ser humano pleno, que después de su desaparición de esta tierra es exaltado por Dios al rango de juez mesiánico, señor y mesías o instaurador del reino divino. Por otro lado, al reflexionar sobre la naturaleza del mesías, Pablo está en la línea de un pensamiento totalmente judío, que continúa después de él. Por otro lado, se confirma la profunda e inconciliable diferencia entre el Jesús de la historia, que puede razonable y críticamente deducirse de la lectura de los Evangelios, y el Cristo celestial. El primero, reducido a sus justos términos por la crítica, es una figura de la historia del Israel del siglo I que encaja perfectamente en ella y cuya existencia no tiene por qué negarse. El segundo es un constructum teológico que pertenece sólo al ámbito de la teología, judía primero y luego cristiana, y no de la historia.

ABSTRACT

Paul does not get his “inexhaustible and mind-blowing fantasy” the conception neither of a possible pre-existent Messiah nor that of a full human being, who after his dead is exalted by God to the rank of Messianic judge, Lord and Messiah, founder of the divine Kingdom. On the other hand, Pauline reflection upon the nature of the Messiah is in line with a fully Jewish thought, which continues in Rabbinical times thereafter. On the other hand, it confirms the deep and irreconcilable difference between the historical Jesus, which can be reasonable and critically deduced from the reading of the Gospels, and the heavenly Christ. The first one, reduced to its fair terms by critical research, is a figure of the 1st century history of Israel which perfectly fits in it and whose existence cannot be denied. The second one is a theological constructum which only belongs to the field of Jewish and Christian theology and not to the realm of history.

PALABRAS CLAVE

Jesús histórico, Pablo de Tarso, divinización de Jesús, binitarismo judío.

KEY WORDS

Historical Jesus, Paul of Tarsus, Jesus' divinization, Jewish binitarism.

Fecha de recepción: 24/03/2014

Fecha de aceptación: 12/06/2014

Es opinión común entre los estudiosos independientes del cristianismo primitivo que no fue Jesús el fundador de este movimiento religioso, sino sólo, y en todo caso, su impulsor¹. Y ello por tres motivos: primero porque el nacimiento del cristianismo se originó solo después de la muerte de Jesús; segundo, porque la religión de Jesús fue siempre el judaísmo: jamás salió de su marco y jamás se propuso fundar religión nueva alguna; tercero, porque la formación del cristianismo fue un proceso lento, pero dinámico, que duró por lo menos cuatro siglos, en el que intervinieron múltiples factores y fundadores. Suele también decirse que el verdadero fundador del cristianismo es Pablo de Tarso, quien dio un vuelco tan espectacular a la comprensión de la figura y misión del Jesús de la historia, tal como podemos reconstruirlo, que en realidad lo convirtió en un Cristo celestial, producto totalmente de su mente teológica.

La cuestión notable, y ardua, en el caso de Pablo es que, al igual que Jesús, fue siempre un judío a carta cabal, practicante de su religión², que aceptaba la disciplina sinagogal³, al que tampoco se le pasó por la cabeza en ningún momento fundar religión nueva alguna. El Apóstol intentó solamente vivir plenamente su judaísmo “en el Mesías”, en Cristo⁴, dentro de la época final del mundo que él se imaginaba absolutamente próxima (1 Tes 4,13-17; 1 Cor 7,29).

Otra cuestión que torna difícil hacer de Pablo el fundador del cristianismo es parte de su cristología, porque el Apóstol, en mi opinión, no defiende de ningún

1. Lo normal es llamarlo “fundador”, incluso entre estudiosos reputados, por ejemplo, D. G. DUNN, *Comenzando desde Jerusalén*, Verbo Divino, Estella, 2012, I 603-606 (original de 2009).

2. Tesis defendida muy brillantemente por D. A. RUDOLPH, *A Jew to the Jews*, Mohr-Siebeck, Tübingen, 2011. Por mi parte, explico esta propuesta en mi libro *Guía para entender a Pablo. Una interpretación del pensamiento paulino*, Trotta, Madrid, 2015, 415-418.

3. 2 Cor 11,21-24 : “Y en cualquier cosa en la que alguien se atreva –en acto de locura lo digo-- también me atrevo yo. ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son descendencia de Abrahán? También yo. ¿Son ministros de Cristo? –como loco estoy hablando-- ¡Más que ellos! Más en trabajos; más en cárceles; exageradamente más en azotes; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos recibí cuarenta azotes menos uno”.

4. El sintagma “en Cristo” aparece 61 veces en las cartas auténticas de Pablo, sin contar otro buen número de expresiones, como “en él” o “a través de él” que el contexto indica que significan prácticamente lo mismo, a saber una vida que transcurre según la imitación del Mesías (1 Cor 4,15; 2 Cor 2,17), es decir en la atmósfera o mundo generados por él (1 Cor 1,2; 2 Cor 5,17; Rm 6,11), participando existencialmente de su vida celestial (Gál 2,19-20: “Con Cristo estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que en mí vive Cristo”; Flp 1,21; 3,3) en una nueva realidad, una nueva creación (Gál 6,15) que ya ha comenzado (2 Cor 5,17), inaugurada por el Mesías. “En Cristo” apunta también a un sentido cierto de la presencia de Cristo dentro del fiel (la inhabitación de Cristo o de su Espíritu en el creyente), que hace posible su relación con Dios. Un sentido análogo se halla en el sintagma “con Cristo”, que denota una participación intensa en la vida y la peripecia del Mesías. Textos notables son Rm 6,5-8 y 8,16-29.

modo que Jesús fuera preexistente, sino sólo un agente de Dios divinizado por este, tras haber permitido su muerte en cruz y haberlo exaltado a su diestra, al cielo, en una suerte de apoteosis. Por el contrario, un cristianismo más formado y evolucionado proclama ya sin ambages, en los últimos estratos del Nuevo Testamento (Jn 1,1. 14. 18; 20,28; Tito 2,13; Hb 1,8; 2 Pe 1,1), que Jesús es Dios, sin cortapisas ni precisión alguna⁵. Pero Rom 1,1-4 expresa con toda la claridad deseable que Jesús es “divino” sólo tras su resurrección: Pablo predica

“El evangelio de Dios, que había ya prometido por sus profetas en las Escrituras sagradas, ³ acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, ⁴ constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad a partir de su resurrección de entre los muertos”.

Otro argumento claro es: si admitimos que Pablo fue un judío observante, cuando habla del hijo de Dios, Jesucristo, no puede estar pensando en un ser absolutamente igual a Dios, preexistente, un mesías celestial que desciende del cielo y se encarna en un hombre, porque ello supondría abjurar al mismo tiempo de su monoteísmo estrictamente judío. Tenemos un buen indicio de que Pablo no rompió el monoteísmo israelita en el hecho de que jamás fue perseguido por sus connacionales por haber defendido una doctrina que cuestionase la unidad de Dios y el exclusivo derecho de Este a la adoración⁶. Por el contrario, la misión paulina y sus ideas en torno a la ley de Moisés eran constantemente criticadas por los judíos y judeocristianos judaizantes de un modo tan brutal que a veces pusieron en peligro su vida⁷.

A la luz de la nítida afirmación de Rm 1,1-4, que por cierto coincide con la de Pedro –según el autor de los Hechos de los Apóstoles— en su primer discurso oficial

5. Rom 9,4-5 contiene una doxología que en apariencia proclama Dios a Jesús: “⁴ los israelitas, de los cuales es la filiación, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, ⁵ de donde vienen los patriarcas, de los cuales también procede el Mesías según la carne. El cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén”. Pero es opinión prácticamente unánime de los que comentaristas que después de *el Mesías según la carne*, hay que poner un punto (recordemos que los manuscritos unciales, los más antiguos, estaban caligráficos en mayúsculas y en scriptio continua, sin signos de puntuación. Y ahí comienza una doxología a Dios Padre, porque de lo contrario no se entendería el pensamiento paulino en su conjunto.

6. DUNN, *op. cit.*, 2012, I 670.

7. 2 Cor 11,22-27: “¿Son ministros de Cristo? –como loco estoy hablando-- ¡Más que ellos! Más en trabajos; más en cárceles; exageradamente más en azotes; en peligros de muerte muchas veces. ²⁴ De los judíos recibí cuarenta menos uno. ²⁵ Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en el abismo. ²⁶ Viajes numerosos; peligros de ríos; peligros de bandidos; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en la ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; ²⁷ trabajo y fatiga; en vela muchas noches; hambre y sed; en ayunos muchos días; frío y desnudez”.

de los seguidores de Jesús, en Pentecostés⁸, debemos interpretar otros tres textos de Pablo que parecen hablar de un mesías preexistente. El primero es

Todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo (1 Cor 10,4).

Esta afirmación significa en apariencia, que el Mesías existía ya en la época del éxodo. Sin embargo la cuestión no es nada clara, porque hay muchos pasajes en Pablo que afirman que sólo hay un Dios⁹, que distinguen claramente entre Padre e Hijo¹⁰ y que subordinan éste al Padre en absoluto¹¹. En el culto de los seguidores de Jesús, según el mismo Pablo, se hace una distinción nítida entre Dios y Jesús¹².

Teniendo en cuenta estos datos, el pasaje podría entenderse más bien así: la roca que seguía a los israelitas en el desierto era la Sabiduría divina, y esta se encarnará o se reflejará en el Mesías cuando llegue al mundo, un mesías que es el “reflejo” de la Sabiduría en la tierra. O también, al estilo del pensamiento de los henóquicos (1Hen 48,2-3; citaremos el texto completo *infra*), el concepto del Mesías es preexistente en la mente divina,

² En aquel momento fue nombrado ese hijo de hombre ante el Señor de los espíritus, y su nombre ante el «Principio de días». ³ Antes de que se creara el sol y las constelaciones, antes de que se hicieran los astros del cielo, su nombre fue evocado ante el Señor de los espíritus,

8. Hch 2,22-36: ²² Jesús Nazareno, hombre acreditado por Dios ante vosotros con acciones poderosas, prodigios y señales, que Dios realizó por medio de él entre vosotros... ²³ a ese... le disteis muerte de cruz. ²⁴ Pero Dios lo resucitó... ²⁹ El patriarca David... como era profeta, sabía que Dios le había asegurado con juramento que uno nacido de su descendencia se sentaría sobre su trono (1 Sam 7; Sal 132,11)... ³² A este Jesús Dios lo resucitó, de lo que todos nosotros somos testigos. ³³ Exaltado, pues, por la diestra de Dios... ³⁶ En consecuencia, sepa con seguridad toda la casa de Israel que a este Jesús que vosotros crucificasteis Dios lo ha hecho Señor y Mesías”.

9. 1 Tes 1,9-10; 1 Cor 1,3; 8,6; 15,28; Flp 2,11; 2 Cor 1,3-4; 11,31; Rm 1,3-4; 5,10-11; 11,29-32; 15,6. 24-28.

10. 1 Tes 1,10; Gál 1,15-16; 1 Cor 15,28; Rom 5,10.

11. El más claro es 1 Cor 15, 28: Y cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá al que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo.

12. En las cartas auténticas de Pablo nunca se alaba a Jesús ni se le bendice directamente; las expresiones más técnicas del culto como *latreúo*: “adorar” (Rm 1,9; 12,1; Flp 3,3) y *proskynéo*: “hincar la rodilla ante alguien” (caso único 1 Cor 14,25) sólo las emplea Pablo para Dios Padre: la acción de gracias es siempre a Dios, nunca a Cristo o al “Señor” = Rm 1,8; 7,25; 1 Cor 1,4.14; Flp 1,3 y se especifica a veces que tal acción de gracias es “por medio de Jesucristo”: Rm 1,8; 7,25; la oración se dirige, salvo alguna contada ocasión, siempre a Dios, no a Cristo : 1 Tes 3,10; Rm 10,1; 2 Cor 1,11; Flp 1,4.19; La doxología se pronuncia siempre en honor a Dios. Sólo Dios puede recibir la gloria: Rm 1,21; Gál 1,5.24; 1 Cor 6,20; 2 Cor 1,20. El señorío de Cristo es para gloria exclusiva de Dios Padre (Flp 2,11).

pero no lo es la persona humana concreta que va a ejecutar esa función. El segundo pasaje paulino es:

Y así está escrito: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida. ⁴⁶ Mas no es lo espiritual lo primero, sino lo natural; luego, lo espiritual. ⁴⁷ El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo hombre viene del cielo. ⁴⁸ Como el terreno, así son los terrenos; como el celeste, así serán los celestes. ⁴⁹ Y como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste (1 Cor 15,45-49).

Ciertamente, en Pablo el primer y segundo Adán (= Jesús) se suelen contraponer en el ámbito terrestre: uno desobediente, pecador y letal para la humanidad; otro obediente hasta la muerte en cruz y redentor de los hombres. Pero, en este caso, ocurre que Pablo cambia de perspectiva: está considerando al Mesías ya como entidad celeste, *segundo Adán que viene del cielo*, con propiedades especiales que de algún modo –y sin aclarar nunca¹³– poseía también cuando era el mesías terrestre. Si no se explica así, Pablo estaría defendiendo la preexistencia del mesías, que según estamos viendo, no parece posible en él.

El tercero, el famoso himno de Filipenses 2,6-11, es más difícil de aclarar:

⁵ Tened entre vosotros los mismos pensamientos que en Cristo Jesús:

⁶ El cual existiendo en forma de Dios (griego, *en morphé theou hypárchon*), no consideró rapiña

ser igual a Dios (griego, *eínai ísa theôí*)

⁷ Sino que se anonadó a sí mismo

tomando forma de esclavo,

llegando a ser en semejanza de hombres

y fue hallado en condición de hombre;

⁸ y se humilló a sí mismo,

hecho obediente hasta la muerte

y muerte de cruz.

⁹ Por ello Dios lo exaltó

y le concedió graciosamente el nombre

que está sobre todo nombre.

¹⁰ Para que en el nombre de Jesús

toda rodilla se doble

en los cielos, sobre la tierra y en los abismos (Is 45,23),

¹¹ y toda lengua confiese que

Señor es Jesús Cristo

para gloria de Dios Padre.

13. O no lo veía preciso, o bien lo había aclarado en las semanas o meses de estadía fundacional en una ciudad.

El texto es una composición inspirada en temas judíos de la Sabiduría divina que baja a la tierra (Eclo 24,6-8.10-12), y del Siervo sufriente de Yahvé (Is 53), que finalmente triunfa. El esquema del himno es sencillo: un ser superior padece una fuerte humillación, sufre la muerte, pero luego –precisamente por esa humillación-- recibe su recompensa: es exaltado muy notablemente por la divinidad suprema (“conceder un nombre” es igual a otorgar a alguien un estado especial). Pablo utiliza el himno para inculcar en los filipenses la necesidad de tener unidad de pensamientos dentro del grupo mesiánico tomando como ejemplo al mesías. La cuestión radica en saber exactamente la naturaleza del personaje que se humilla, que es este mesías. Y sobre ello hay fundamentalmente dos opiniones encontradas.

La primera, tradicional, argumenta que el mesías, según el himno, es preexistente, existe desde siempre como Dios, desciende del cielo, se encarna en un ser humano, es decir, adopta la forma de un esclavo y sufre obedientemente hasta la muerte en cruz. Por ello Dios lo exalta de nuevo hasta la plenitud de la divinidad, de modo que recibe la adoración del universo entero. Si el que se autohumilla es preexistente, el Apóstol presentaría a sus lectores un caso formidable y ejemplar de autohumillación.

En la segunda se acepta igualmente la intención didáctica de Pablo, pero se opina que para el ejemplo de autohumillación el Apóstol piensa en un mesías humano, no preexistente. Al ser el mesías, podría haber tenido en esta tierra una vida digna de un rey o de un héroe con mucho poder, pero se abajó a ser un hombre como los demás, o peor: fue como un esclavo y acabó en la cruz como tal.

El trasfondo, de modo obscuro y casi implícito, de esta imagen del mesías sería doble. Por un lado, el relato de la creación según el Génesis en la que se dice que el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios es semejante a éste (Gn 1,27: tendría la forma de Dios). El mesías es en el judaísmo el paradigma excelso del ser humano y podría haber vivido una vida excelente. Por otro, la concepción de un mesías humano se apoyaría en la contraposición también paradigmática entre el primer Adán y Jesús como segundo Adán, que en principio son ambos humanos. Tal paradigma se halla en textos como Rm 5,14-15¹⁴, o 1 Cor 15,20.45¹⁵. El himno sería una reflexión sobre la vida de Jesús, que no tuvo la existencia gloriosa, como mesías que era, de los señores, o héroes con grandes poderes, aclamados como tales en los reinos, o cultos (del emperador, por ejemplo,) de la época.

14. “Pero reinó la muerte desde Adán... Pues si por el delito de uno (solo) murieron todos ¡cuánto más la gracia de Dios y el don (otorgado) por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se ha desbordado sobre todos!

15. “²⁰ Como, pues, en Adán mueren todos, así también en Cristo serán vivificados... ⁴⁵ Y así está escrito: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida”.

Esta segunda exégesis hace hincapié en la enorme dificultad judía de aceptar la preexistencia de un ser humano a quien Dios luego resucita (la exaltación a los cielos es también una forma antigua del judeocristianismo para expresar la resurrección) y sitúa en una posición privilegiada. Es claro que hay en el himno una divinidad suprema y una entidad inferior que es exaltada posteriormente al rango divino. De ningún modo se expresa la igualdad, por así decirlo, de sustancia divina propia de dos seres preexistentes.

Personalmente me inclino por esta segunda opción, que veo en conjunto más congruente con el pensamiento global de un Pablo judío y practicante, aunque debe confesarse que el v. 6 es difícil. No es lo mismo en griego ser un *eikôn*, una “imagen” de Dios, que “existir en forma” (griego *en morphéi theou hypárchein*) de Dios, que apunta hacia la unidad de forma y sustancia. Estaríamos en uno de los casos difíciles, de imprecisión retórica, en los que Pablo, que está pensando siempre en el Cristo celestial, retroproyecta poéticamente al Jesús humano calidades divinas, como en 1 Cor 10,4 y 15,45-49 ya comentados.

Ahora bien, la segunda parte del himno y otros textos paulinos nos, indican también claramente que el Mesías, una vez exaltado es divino. Pablo no explica nunca el cómo, pero la “calidad” de su divinidad es enorme, si podemos expresarlo así, a tenor de las calificaciones del Apóstol. Dos ejemplos: en este himno de Filipenses, en 2,11 (“Toda rodilla se doble...”), emplea Pablo uno de los textos más señeros del monoteísmo de Israel, Is 45,23, para describir la exaltación de Jesús; segundo, en 1 Cor 8,6 (“Un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros”), Pablo utiliza de modo muy sorprendente la *Shemá* (hebreo “Oye”) de Israel, la oración básica y fundamental que deben recitar todos los días los judíos para exaltar el monoteísmo (Dt 6,4: “¡Oye, Israel. Yahvé es Dios único...!), y dibuja a Cristo como la Sabiduría divina por medio de la cual el Dios trascendente crea el universo. Además, este Cristo es el término divino de la mística de Pablo, quien expresa repetidas veces su deseo de fusión-comunión con él, como hemos indicado ya a propósito de las frases “en Cristo” y similares, y de expresiones “No vivo yo, sino que en mí quien vive es Cristo” de Gál 2,20.

Nos encontramos, pues, que el Apóstol concibe al mesías como un mero hombre, aunque especialísimo, que tras la apoteosis se convierte en agente divino de excelsa categoría, el Cristo celeste y divino. Y como Pablo, en sus cartas, parece mezclar sin distinción el mesías terreno con el celestial y atribuye al terreno calificativos sorprendentes (por ejemplo, lo denomina “Señor de la gloria” en 1 Cor 2,8)¹⁶, se genera

16. He aquí el texto completo: “Hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, que Dios predeterminó desde antes de los siglos para gloria nuestra, ⁸ no conocida por ninguno de los príncipes de este mundo, pues si la hubieran conocido no habrían crucificado al Señor de la Gloria”

la idea, en observadores externos de los inicios del movimiento cristiano, de que Pablo obra arbitrariamente y que, tras inventarse fantasiosamente un Cristo celeste con todos sus atributos, contamina con ellos al terrestre.

Esta confusión suele llevar a dos ideas, relativamente comunes: a) Jesús de Nazaret no existió nunca, sino que es un mito literario y teológico inventado por Pablo, quizás sobre una tenue base de un maestro de la ley galileo innominado y oscuro, y b) toda la cristología, es decir, la base de la teología cristiana, depende de las lucubraciones fantasiosas de un judío de la Diáspora, que además era probablemente epiléptico¹⁷, lo que conllevaba una predisposición genética a esas fantasías visionarias.

A propósito de la primera idea, más extendida de lo que parece, es necesario al historiador hacer el esfuerzo propedéutico de señalar a los dubitantes el camino de la necesaria distinción entre el Jesús histórico (sobre cuyas líneas esenciales de vida existe hoy un consenso básico entre los historiadores), que predicaba la venida del reino de Dios por las aldeas de Galilea y que fracasó radicalmente en su intento de convencer a su pueblo de tal llegada, y el Cristo celestial. Debe insistirse en la distinción, puesto que la formación del Cristo celeste se debe principalmente a Pablo, y es ciertamente un teólogo y, por tanto, no ha existido nunca desde el punto de vista histórico. Una vez admitida la diferencia por evidente, tiene poco sentido empeñarse voluntariosamente en negar la existencia del primero.

Ahora bien, ¿es cierta la segunda idea, a saber que Pablo de Tarso es el imaginativo inventor de este Cristo celestial y, además, que lo hizo debido a sus fantasiosas alucinaciones? Nuestra respuesta es: de ningún modo. En sí Pablo de Tarso no inventa nada en este punto, sino que sigue una línea de pensamiento muy judía, propia del grupo apocalíptico, de ultrarreligiosos judíos del siglo I, cuyos exponentes se hallan no sólo entre los manuscritos del mar Muerto, sino sobre todo en los Apócrifos del Antiguo Testamento e incluso en la Biblia hebrea.

Mi intención ahora es presentar los textos judíos que forman una línea de pensamiento consistente acerca de un agente de Dios para los tiempos finales --que es un mero hombre, pero que tras su desaparición de la tierra es el objeto de una apoteosis cuyo sujeto activo es la divinidad misma-- entre los cuales se halla Pablo como un representante o eslabón más de ella.

17. Así es como suele explicarse la amalgama de el conjunto de visiones que inundan la vida de Pablo con su constatación de que sufre una enfermedad molestísima de la que Jesús no quiere librarle: “Y por la magnitud de las revelaciones, para que no me engría por ello, me fue dado un aguijón para la carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría.”⁸ Sobre esto tres veces rogué al Señor que se alejara de mí. ⁹ Pero me dijo: “Te basta mi gracia, pues la fuerza llega a su consumación en la flaqueza”. Así pues, con sumo gusto me gloriaré sobre todo en mis debilidades, para que plante su tienda en mí la fuerza de Cristo”: 2 Cor 12,7-9”.

A. Ya en los inicios del siglo III a.C. --creo que por indudable influjo del platonismo vulgarizado, que alcanza rápidamente a las capas más cultivadas de un Israel muy religioso-- se comienza a imaginar a un Dios súper trascendente que actúa hacia fuera, hacia el universo material, incluido el hombre, por medio de una suerte de Demiurgo, de modo que su trascendencia no resulte afectada:

Yahvé me creó (la Sabiduría), primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas.

²³ Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra [...] ²⁷ Cuando asentó los cielos, allí estaba yo cuando trazó un círculo sobre la faz del abismo, ²⁸ cuando arriba condensó las nubes, cuando afianzó las fuentes del abismo, ²⁹ cuando al mar dio su precepto - y las aguas no rebasarán su orilla - cuando asentó los cimientos de la tierra, yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, jugando en su presencia en todo tiempo (Proverbios 8,22-29).

Como se ve, la función de esta Sabiduría divina es la de hacer de intermediario demiúrgico en la creación del Universo, como si Dios “concibiera la idea creativa”, pero no la ejecutase directamente, sino a través de ella. Esta, o cualquier otra hipóstasis de la divinidad, como su Palabra o Presencia, eran para unos judíos piadosos un mero “modo” divino en su actuación hacia fuera, hacia el mundo: distinción meramente modal entre divinidad y agente. Pero había otros judíos, sin duda, que iban más allá y consideraban al agente como entidad semipersonificada, aunque desde luego no igual al Dios trascendente. Y los que lo consideraban como entidad real pero distinta del Dios trascendente estaban apuntando hacia un suerte de “binitarismo” rudimentario en la concepción de una divinidad doble, una superior; otra, subordinada.

El vocablo “binitarismo” fue introducido en la investigación actual, aunque en la discusión teológica y con un sentido diferente, ya a finales del siglo XIX. Pero, en lo que respecta a nuestro tema, fue usado ya por --como sustantivo y adjetivo-- bastantes estudiosos como J. M. Ph Fossum y A. F. Segal. Fue Larry W. Hurtado, de la Universidad de Edimburgo, en sus estudios, de amplio eco, sobre la divinización de Jesús¹⁸, el que lo popularizó para distinguir claramente entre lo que puede representar esta palabra y cualquier caso de “diteísmo”. Binitarismo sería la creencia que postula la existencia de un Dios único que desea conservar a todo trance su trascendencia en su relaciones con el universo, por lo que se apoya en un agente que se halla “a su lado” y le está subordinado para actuar “hacia fuera”, como Sabiduría, Palabra o Presencia. Tal agente es una figura divina relacionada con la primera, pero distinguible de ella realmente en esencia e importancia; la primera es plenamente Dios; la segunda participa de esa

18. Hay algunas obras suyas traducidas al español como HURTADO, L.W.: *Señor Jesucristo. La devoción a Jesús en el cristianismo primitivo*, Sígueme, Salamanca, 2008; *¿Cómo llegó Jesús a ser Dios?*, Sígueme, Salamanca, 2013.

divinidad. El diteísmo, por el contrario, hace referencia a dos dioses iguales; no hay primero y segundo propiamente, aunque se denominen Padre e Hijo, porque ambos tienen las mismas características, propiedades y poderes, sin distinción alguna. El monoteísmo binitario cabría en el pensamiento judío helenístico, porque no rompe estrictamente con el Dios único exigido radicalmente por la fe israelita de esos momentos. El diteísmo sería una concepción errónea y hasta blasfema para el judaísmo.

B. Este proceso binitario tiene una andadura prolongada en el judaísmo: desde el siglo III a.C. hasta finales del siglo II d.C., por lo menos...cerca de 500 años. Y en medio de él están la figura y las concepciones de Pablo de Tarso. El texto verdaderamente clave que da impulso al binitarismo es del libro de Daniel, compuesto hacia el 165-160 a.C. durante la revolución macabea y que entró por error en el canon hebreo de libros sagrados¹⁹. Su texto clave es el siguiente:

He aquí que en las nubes del cielo venía un como hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. ¹⁴ A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno (Dn 7,13-14)

En este pasaje, que es una visión probablemente recogida por el autor del libro como tradición religiosa anterior, se muestra a una divinidad ya antigua, el “Anciano de días”, que escoge como ayudante para los asuntos del mundo a una divinidad joven, con forma humana, que recibe casi todos los poderes de la divinidad antigua²⁰. Que ese “como hijo de hombre” es divino se deduce del transporte usado, las nubes, que en la Biblia hebrea en más de noventa y cinco por ciento de los casos hace referencia al movimiento de una entidad divina²¹; pero a la vez es humano y recibe poderes celestiales que afectan a la tierra.

Señala Boyarin en la obra citada que el autor del libro de Daniel, atemorizado por el contenido y alcance teológico de la visión por él transmitida (que está apuntando ya a algo que se definirá más tarde en el judaísmo como que “hay dos poderes en el cielo”; ...¡la divinidad se desdobra!), se autocorrigió señalando que ese “como hijo de hombre”, que recibe el entero poder sobre todos los reinos de la tierra, es el pueblo de Israel como entidad colectiva (Dn 7,27), o bien un ángel, en concreto Miguel (Dn

19. El fingido autor que se hace pasar por Daniel, un profeta del reino del Nabucodonosor en el siglo VI a.C., logró engañar a los rabinos que iniciaron la composición formal de la lista de libros sagrados (que como tales eran considerados mucho antes) a finales del siglo II, según se piensa comúnmente.

20. Proceso normal en teogonías tanto semitas (sustitución de 'El por Baal) como en la griegas (sustitución de los Cronidas por Zeus).

21. Cf. D. BOYARIN, *The Jewish Gospels*, The New Press, New York, 2012, 40, quien cita como autoridad a J. A. EMERTON, “The Origin of the Son of Man Imagery, *Journal of Theological Studies* 9 (1958) 231-232.

10,5-6. 21b). pero la visión, en el sentido anterior de agente humano-divino, debía de ser ya una representación de un pensamiento consolidado.

También del siglo II a.C. es un fragmento de una tragedia escrita en griego por un judío de Alejandría, el *Pseudo Ezequiel* llamada *Exagogé* o *Éxodo*, cuyo tema está indicado por el título²². Habla Moisés con su suegro:

Me pareció que en lo alto del monte Sinaí había un gran trono que llegaba hasta los pliegues del cielo, ⁷⁰ en el que se sentaba un varón de noble linaje con una corona y un gran cetro en su mano izquierda, mientras que con la derecha me hacía señales a mí y yo me puse delante del trono. Me entregó el cetro y me dijo que me ⁷⁵ sentara en el gran trono. Me entregó la real corona y él se retiró del trono... Y a continuación, lleno de temor me levanté del sueño”. Y su suegro interpreta el sueño así: “Dios te ha enviado esta señal como algo bueno para ti... pues verás lo presente, lo pasado y lo futuro”.

Obsérvense las frases “entregó el cetro”, “sentarse en el gran trono”. “Me entregó la real corona”... “verás lo presente, lo pasado y lo futuro”; Moisés es transformado por Dios en su agente mesiánico para el futuro, le entrega casi todos sus poderes y le declara además profeta. La apoteosis de Moisés es evidente: es un mero ser humano, que tras su muerte se convertirá en un agente divino... de modo que habrá “dos poderes en el cielo” con dos tronos y dos cetros, aunque naturalmente el de Dios serán mayores.

Del siglo I a.C./ d.C. es el siguiente fragmento de entre los manuscritos del mar Muerto, que presenta al mítico Melquisedec como un agente mesiánico divino:

Y ellos son la heredad de Melquisedec, que los hará retornar... Él proclamará para ellos la liberación para librarlos [de la deuda] de todas sus iniquidades... Melquisedec ejecutará la venganza de los juicios de Dios [en ese día, y ellos serán liberados de las manos] de Belial y de las manos de todos los espíritus de su lote]. En su ayuda (vendrán) todos los ‘dioses de la [justicia’ = ángeles; él] es qu[ien prevalecerá ese día sobre] todos los hijos de Dios, y pre[sidirá la asamblea] ésta. Este es el día de [la paz del que] habló [Dios de antiguo por las palabras de Is]aías profeta, que dijo: ‘Qué bellos son sobre los montes los pies del pregonero que anuncia la paz... diciendo a Sión ‘tu Dios [reina’]. Su interpretación: Los montes son los profe[ta...]. Y el pregonero es [el un]gido del Espíritu del que habló Daniel... y el pregonero del] bien que anuncia la salva[ción es aquél del que está escrito que él se lo enviará... ‘para conso[lar a los afligidos’... Melquisedec, que los libraré de la mano de Belial (col. II, 1-25)²³.

22. Texto perdido; fragmento transmitido por EUSEBIO DE CESAREA, *Praeparatio Evangelica* IX 28, 2-4 + Praep. Ev. IX 29,16 y CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata* I 23, 155-156.

23. Versión de F. GARCÍA MARTÍNEZ, *Textos de Qumrán*, Madrid, Trotta, ²1993, 186-187).

Obsérvese: Melquisedec es juez divino (una de las funciones del mesías); preside la asamblea los hijos de Dios los ángeles y tiene autoridad sobre ellos; él es el misterioso “un como hijo de hombre” del libro de Daniel.

Probablemente de la misma época, según el investigador judío Israel Knohl²⁴, proceden dos documentos qumránicos en donde aparece otra figura humano-divina, 4QHe, 4QHa fr. 7, y 1QHa col. 26, con rasgos mesiánicos sorprendentes. Hay otra versión del mismo texto en 4Q491 fr. 11, col. 1. En el primer fragmento (4QHe) se lee:

¿Quién hay como yo entre los ángeles? que pueda medir el [flujo] de mis labios? ¿Quién soy, el amado del rey, compañero del que [nadie puede compararse, pues yo [con oro <me> coro[naré...]

Según Knohl en 4Q491 fr. 11, col. 1 debe leerse lo siguiente:

[... para] siempre un trono poderoso en el consejo angélico. Ningún rey del pasado se sentó en él, ni tampoco los nobles.[...¿Quién puede compararse][conmigo?] Nadie puede compararse con mi gloria, y nadie ha sido exaltado como yo, y nadie puede acompañarme. Tengo mi asiento [...] en los cielos, y nadie [...] ¿Quién ha sido estimado más despreciable que yo? Sin embargo, ¿quién se asemeja a mí en gloria? ¿Quién es [...] ¿Quién como yo ha soportado [todas] las aflicciones? ¿Quién puede compararse en resistir las adversidades? Nadie es como yo, y no hay doctrina comparable [a la] mía. ¿Quién podría contar mi[s palabras]? Y ¿quién podría medir el flujo de mi discurso? ¿Quién puede equipararse conmigo y comparar así (sus juicios) con los míos? [...pu]es soy contado entre los ángeles y mi gloria con los hijos del rey...

El texto es muy discutido y dudoso por sus necesarias reconstrucciones, pero según el mismo investigador, estas palabras se refieren claramente a un mesías humano-divino, con rasgos celestiales, pues ha sido exaltado por Dios: posee una especial sabiduría, tiene su asiento en los cielos, y es contado entre los ángeles. Su morada está junto al consejo santo de Dios.

Del siglo I de nuestra era, ya contemporáneo de Pablo, tenemos varios textos. El primero es del *Testamento de Job* (siglo I d.C.). El personaje, tras triunfar de los ataques de Satán, va a ser exaltado a los cielos donde adquiere rasgos divinos y se le otorga un trono cabe Dios:

² Cuando se apagó el griterío, les dije: Guardad silencio, que voy a mostraros mi trono y su gloria esplendorosa, que se halla entre los santos. ³ Mi trono se halla en el reino

24. I. KNOHL, *The Messiah before Jesus. The Suffering Servant of the Dead Sea Scrolls*. Univ. of California Press, Trotta, Madrid, 2004 (El mesías antes de Cristo. El siervo sufriente de los manuscritos del mar Muerto); versión de A. Piñero, Apéndice.

supraterrestre, y su gloria y su esplendor están a la derecha del Padre de los cielos. Mi trono es eterno; el mundo entero pasará y su gloria perecerá; y los que de él se preocupan le acompañarán en su ruina. Pero mi trono se halla en la tierra santa, y su gloria en el mundo inmutable (33,2-3).

Muy clara es la referencia de Job situado a la derecha de Dios, su carácter eterno y el que la gloria de su trono se halle en el mundo inmutable.

Otro ejemplo claro de una ideología parecida se halla en Filón de Alejandría que consideraba que Dios no había creado al mundo directamente sino por medio de su Palabra o Logos:

El Padre de todas las cosas ha otorgado a su Verbo, que es también su principal mensajero y el más elevado de todos en edad y en rango, la prerrogativa de ocupar una posición limítrofe entre las criaturas y el Creador. Inmortal, intercede suplicante por los afligidos mortales al tiempo que actúa como el embajador de un soberano ante sus súbditos. Se gloria de esa especial prerrogativa que le ha sido concedida y la describe orgullosamente diciendo: “Yo estaba entre el Señor y vosotros” (Dt 5:5), o sea, no soy ni increado como Dios ni creado como vosotros, sino que me encuentro a medio camino entre ambos extremos, como garantía para ambos (*Quis rerum divinarum heres sit*, 205-206).

La misteriosa imagen de “un como hijo de hombre” aparece de nuevo en el *Libro de las parábolas de Henoc* (recogido en 1 Henoc 37-71: esta sección es del siglo I d.C. y no es precristiana, pues los argumentos para sostener que lo es son muy débiles)²⁵. En este libro se dibuja al “profeta” Henoc como un ser humano elevado por Dios, el “Principio de días” o “Señor de los Espíritus”, al estatus semidivino sin haber muerto, pero sí tras ser extraído de la tierra y ascendido al cielo. Henoc es el elegido, el ungi-do, juez universal de vivos y muertos, vindicador de los justos. Y lo interesante es que al menos su función (“su nombre”) estaba prevista por Dios antes de la creación; era, pues, preexistente:

· Allí vi al que posee el «Principio de días»... y con él vi a otro cuyo rostro es como de apariencia humana, mas lleno de gracia, como uno de los santos ángeles. ² Pregunté a uno de los santos ángeles... acerca de aquel hijo de hombre, quién era, de dónde venía y

25. Cf. A. PIÑERO, “Enoch As Mediator, Messiah, Judge, Son Of Man In The ‘Similitudes Of Enoch’. A Jewish Response To Christian Theology?": *Henoch* 35 (2013) 1-44. En este artículo se defiende la idea de que diversos grupos apocalípticos del siglo I, entre ellos el que está detrás del evangelista Marcos, pugnan por atribuir el título “un como hijo de hombre” a su dirigente, ya vivo o muerto. Los henóquicos afirman que ese personaje es Henoc. Ciertos esenios del mar Muerto afirman que es Mequisedec; los judeocristianos, con Marcos a la vanguardia, sostienen que ese Hijo del hombre (traducido así al griego) es Jesús de Nazaret, el verdadero mesías. Como es usual en el judaísmo del siglo I, la disputa no procede refutando los argumentos del adversario, sino componiendo un libro en el que se presenta la figura del que se cree el verdadero “hijo del hombre”.

por qué iba con el «Principio de días». ³ Me respondió así: Este es ese hijo de hombre, de quien era la justicia y la justicia moraba con él. El revelará todos los tesoros de lo oculto, pues el Señor de los espíritus lo ha elegido, y es aquel cuya suerte es superior a todos eternamente por su rectitud ante el Señor de los espíritus (46,1-3).

· En ese lugar vi la fuente de justicia... ² En aquel momento fue nombrado ese hijo de hombre ante el Señor de los espíritus, y su nombre ante el «Principio de días». ³ Antes de que se creara el sol y las constelaciones... su nombre fue evocado ante el Señor de los espíritus. ⁴ El servirá de báculo a los justos..., él es la luz de los pueblos, y él será esperanza de los que sufren en sus corazones. ⁵ Caerán y se prosternarán ante él todos los que moran sobre la tierra y bendecirán, alabarán y cantarán el nombre del Señor de los espíritus. ⁶ Por esto fue elegido y escogido junto a él antes de crearse el mundo y por la eternidad (48,1-6).

· Y ocurrió después de esto que, estando aún en vida, fue asunta su persona (Henoc) ante ese hijo de hombre y ante el Señor de los espíritus, lejos de los que moran sobre la tierra. ² Pues ascendió en el carro del Espíritu y salió su persona de entre ellos. ³ Desde aquel día no fui contado (Henoc) entre ellos, y (el Señor) me puso entre dos puntos cardinales, norte y occidente, donde tomaban las medidas los ángeles para medirme el lugar de los elegidos y los justos (70,1-3)...

El conjunto de estos pasajes es difícil de interpretar en cuanto a la preexistencia del Mesías. Me parece muy plausible que, en concreto en los textos de los capítulos 46 y 48, la mente del autor sea que *el concepto o la función* (por denominarlos así) de “un hijo de hombre” fuera preexistente y que más tarde el Principio de Días lo “concreta” en Henoc (48,2-3)²⁶. En el capítulo 71 (un añadido posterior al texto de las Parábolas), Henoc es nombrado ese “Hijo de Hombre” ya con sentido de título mesiánico (distinguido con las mayúsculas):

¹⁴ Llegó a mí aquel ángel, me saludó y me dijo: Tú eres ese Hijo de hombre que naciste para la justicia; ella ha morado en ti... ¹⁵ Y añadió: El invoca para ti la paz en nombre del siglo venidero, pues de ahí ha salido la paz desde la creación del mundo, y así será contigo por los siglos de los siglos. ¹⁶ Todos marcharán por tu camino, no dejándote la justicia nunca... ¹⁷ Habrá así largura de días (en la época) de ese Hijo de hombre, y tendrán los justos paz e irán por el camino recto en nombre del Señor de los espíritus eternamente (71,14-17).

Si se leen atentamente estos pasajes, se verán las enormes concomitancias, y algunas diferencias con el Hijo del Hombre evangélico, cuyas características celestes son también paulinas.

26. La Ley, que se concreta solo en tiempos de Moisés es preexistente desde siempre en la mente divina, según interpretación judía común.

La visión del pseudo Esdras (Libro IV de Esdras; en torno al 100dc) tiene también muchos parecidos con las nociones evangélicas del Hijo del Hombre y con el Apocalipsis:

²Vi que se levantaba un viento del mar de manera que agitaba todas sus olas. [Y miré y vi que este viento hacía que una figura como de hombre saliera del corazón del mar]. ³Y vi cómo volaba ese mismo Hombre sobre las nubes del cielo y hacia donde se dirigía su mirada, temblaban todas las cosas que estaban bajo su vista, ⁴y hacia donde salía la voz de su boca, se encendían todos los que oían su voz, como se derrite la cera cuando siente el fuego. ⁵Y tras esto vi cómo se congregaba una muchedumbre de hombres innumerable de los cuatro vientos de la tierra, para luchar contra el Hombre que había salido del mar...⁸ Y tras esto vi cómo todos los que se habían congregado contra él temían grandemente, y con todo se atrevían a luchar. ⁹Y he aquí que cuando (el Hombre) vio el ímpetu de la muchedumbre que venía hacia él, no levantó su mano, ni tomó la espada ni cualquiera de los instrumentos de guerra; solamente vi ¹⁰cómo hizo salir de su boca como una ola de fuego... ¹¹que cayó sobre el ímpetu de la muchedumbre que estaba preparada para luchar y los incendió a todos de manera que nada se viese de la muchedumbre innumerable, sino solamente el polvo de la ceniza (y) el olor del humo... ¹²Y tras esto, vi al mismo Hombre que bajaba del monte y llamaba hacia sí a otra muchedumbre pacífica. ¹³Y venían hacia él rostros de muchos hombres, unos gozosos, otros tristes, unos atados, otros trayendo ofrendas (13,1-13).

En general este pasaje está basado también en el Libro de Daniel y dibuja la batalla escatológica de las naciones increyentes contra el mesías. La traída de ofrendas al Hijo del Hombre (v. 13) remacha la idea de que este personaje es divino, pues es probable que esté inspirado en Is 66,20: *Y traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones como oblación a Yahvé.*

C. Que estas concepciones estaban bien arraigadas en el mundo escatológico-apocalíptico judío, al que Pablo pertenece, se confirma porque entrada ya la era cristiana el binitarismo prosigue con fuerza y se percibe claramente en las especulaciones místicas judías del siglo II d.C. en torno al trono de Dios (denominado “merkabá” o “carro”; de ahí la mística de la merkabá, que acabará concretándose en la Cábala). En el libro hebreo de Henoc --3º Henoc: compuesto a partir del siglo II d.C.; nuestra versión actual es posterior, quizás de los siglos IV al VI d.C.-- aparece este mismo personaje que era “el séptimo varón después de Adán” (Gn 5,18-24). Fue ascendido al cielo misteriosamente por la divinidad, “y transformado en un ángel, denominado unas veces Yahoél, “Yahvé es mi Dios”, y otras, Metatrón, “El que está junto al trono” de Dios y por tanto en un segundo trono, con poderes delegados. Este ser humano exaltado al cielo recibe también el apelativo de “Yahvé Menor” o “Pequeño Yahvé” en 12,5, y en los capítulos 3 y 4 se le denomina también “El joven”, en evidente relación

con el segundo “dios” o divinidad joven que aparece en el trasfondo de la visión de “un como hijo de hombre” en Dn 7,13-14:

· Dijo R. Yismael : En aquel momento pregunté a Metatrón (Henoc), el ángel, el príncipe de la presencia: ¿Cómo te llamas? ² Me respondió: Tengo setenta nombres... y todos ellos están basados en el nombre de mi rey, el Santo, bendito sea, pero mi rey me llama «joven» (3,1-2).

· Dijo R. Yismael: Pregunté a Metatrón: ¿Por qué eres llamado con el nombre de tu creador, (por qué) con setenta nombres? Y siendo tú el más grande de todos los príncipes... ¿por qué te llaman «joven» en los altos cielos? ² Respondió diciéndome: Porque soy Henoc ben Yared. ³ Cuando la generación del diluvio pecó... el Santo, bendito sea, me sacó de entre ellos para que sirviera de testigo contra ellos ante todos los habitantes del mundo ... ⁵ Por esta razón el Santo, bendito sea, me hizo ascender a los altos cielos mientras ellos aún vivían (4,1-5).

· Dijo R. Yismael: Me dijo Metatrón, el ángel, el príncipe de la presencia...: Al principio yo me sentaba sobre un gran trono a la puerta del séptimo palacio y juzgaba a todos los seres celestiales... Repartía yo grandeza, realeza, dignidad, gobierno, honor y alabanza... por la autoridad del Santo, bendito sea. ² Pero cuando Ajer (un rabino) llegó para contemplar la visión de la *Merkabah*, fijó sus ojos en mí y temió y tembló a causa mía. Su espíritu estaba asustado... por el terror, horror y pavor que yo inspiraba al verme sentado en un trono como un rey con todos los ángeles servidores en pie junto a mí... y todos los príncipes de los reinos, ceñidos de coronas, rodeándome. ³ Entonces abrió su boca y dijo: «En verdad hay dos poderes divinos en el cielo». ⁴ Inmediatamente surgió una voz divina desde el cielo, de delante de la Shekinah, diciendo: «Volved, hijos apóstatas (Jr 3,22), excepto Ajer». ⁵ En ese instante llegó Anafiel, el príncipe... en comisión del Santo, bendito sea, y me dio sesenta golpes con látigos de fuego y me hizo permanecer de pie (16,1-5).

Obsérvese en este texto: el agente divino tiene 70 nombres, como “caras” o interpretaciones tiene la Torá, la Ley; es el ayudante joven junto a la divinidad antigua, el rey; “sirviera de testigo” es asumir el cargo de Juez universal en los últimos días; Metatrón está sentado en un trono grande, casi tan imponente como el de Dios; El rabino Ajer, que visita el paraíso, se confunde y cree erróneamente que Metatrón es casi igual a Dios = “hay dos poderes en el cielo”; esta idea se corrige y Metatrón queda fustigado y rebajado a la verdadera categoría de agente divino, diferente en esencia al Transcendente, por ese vez de sentado, se queda de pie.

Los pasajes transcritos, anteriores, contemporáneos y un poco posteriores a Pablo, nos indican con toda la claridad deseable que la fusión de la divino y lo humano en la naturaleza del mesías estaba muy extendida entre las mentes apocalípticas judías de la época del Apóstol. Por tanto, es fácil concluir que dentro de la historia de las religiones el pensamiento de Pablo sobre el Mesías se enmarca dentro de un judaísmo

que no alberga duda alguna de que el agente divino para la ejecución de la redención mesiánica es humano y luego divino, en diverso grado a la divinidad suprema, una vez transcurrido su ciclo vital en la tierra. Posteriormente se halla en la cercanía de Dios en el cielo, en un trono, sentado cerca de él.

Ocurre, además, que es Pablo dentro de los autores judíos el que más detalles nos ha dejado sobre esta figura celestial en el siglo I d.C. Es cierto que el Apóstol no utiliza el apelativo un “como hijo de hombre” o el “Hijo del Hombre”..., pero ello tiene fácil explicación pues sería poco comprensible para sus lectores de lengua griega. Pero que Pablo conoce la tradición de Daniel no parece caber duda alguna por la manera cómo pinta la parusía de Jesucristo en 1 Tes 4,17: “Nosotros, los que vivamos, los que quedemos seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor”.

En conclusión: me parece que se impone la idea de que Pablo no es un judío que inventa porque sí, que saca de su inagotable y alucinante fantasía la concepción de un mesías preexistente, o bien que es humano plenamente, pero que después de su desaparición de esta tierra --en el caso de Jesús tras su muerte y resurrección--²⁷ es exaltado por Dios al rango de juez mesiánico, señor y mesías o instaurador del reino divino. Pablo está totalmente en la línea de un pensamiento totalmente judío, que continúa después de él²⁸. Pablo no es un “Mythmaker”, como acusa un libro de Hyam Maccoby²⁹, y no inventó porque sí el Cristo celestial. Esta idea es totalmente errónea.

Una segunda conclusión, que se desprende de ésta, es la confirmación de la profunda e inconciliable diferencia entre el Jesús de la historia, que puede razonable y críticamente deducirse de la lectura de los Evangelios, y el Cristo celestial. El primero, reducido a sus justos términos es una figura de la historia del Israel del siglo I que encaja perfectamente en ella y cuya existencia no tiene por qué negarse. El segundo es un constructum teológico que pertenece sólo al ámbito de la teología y no de la historia. El que no efectúe esta necesaria distinción acabará negando la existencia histórica del primero, con lo que debe postular que el Jesús histórico es

27. Lo que indica su caso único. No hay resurrección individual en el judaísmo antiguo, sino resurrección colectiva de todos los muertos (hay diversas opiniones sobre qué grupos de fallecidos resucitarán) antes del Juicio Final. Por eso, nos pinta Marcos la escena de los discípulos de Jesús, que oyen pronosticar al Maestro su resurrección, *única*, y se quedan estupefactos, no entienden e incluso temen preguntarle por ese caso tan raro de resurrección única (Mc 9,31).

28. No solo en la literatura henóquica, de la que hemos transcrito unos fragmentos, sino entre los rabinos del siglo II d.C. y posteriores. Es muy interesante a este respecto el libro de D. BOYARIN, *Espacios fronterizos. Judaísmo y cristianismo en la Antigüedad Tardía*, Trotta, Madrid 2013, en versión de Carlos A. Segovia, con textos rabínicos comentados.

29. H. MACCOBY, *The Mythmaker. Paul and the Invention of Christianity*, Harper San Francisco, New York, 1987.

un puro mito literario, introduciéndose voluntariamente en un pantano fangoso de enormes dificultades históricas, por lo que sucedió tras la muerte del Nazareno, de las que no podrá salir airoso.